

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECIBO, MORALIDAD, INSTRUCCIÓN.

Grandes de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 2 rs., seis 10, y un año 30.

PROVINCIA: Tres meses, 10 rs., seis 15, y un año 54.

Administración.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 25, y un año 54.

AMÉRICA: Seis meses 25, y un año 50.

FILIPINAS: Seis meses 30, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ,

HERRAR Ó QUITAR EL BANCO.

Lector amigo, hoy también pienso decirte algo acerca de la mentira, que es la única verdad que nos va quedando en España.

Otra de las grillas de que yo no quería hablarte era de la grilla-banco ó del Banco-grilla ó del Banco Nacional Inglés.

No me creas tan vulgar que vaya yo á sostener la rancia doctrina de la nacionalidad del dinero. Mientras los ingleses ó franceses ó rusos quieran, á cambio de algo por supuesto, traernos dinero para fecundizar nuestro hermoso suelo ó estimular nuestro decaído comercio, venga el dinero en buen hora, que el dinero es cosmopolita, sin patria por consiguiente y sin ínfulas de nacionalidad.

Pero francamente si la cosa es así, que sea; pero ¿y si no lo es?

Yo ando escamado desde que se habla de Bancos, porque en esto de Bancos sucede una cosa original.

¿Cuál debía ser el Banco más sólido?

Evidentemente cualquiera que no fuera de arena.

Pues vea Vd. lo que son las cosas: los bancos más sólidos son los de arena.

En ellos se estrella casi siempre la nave.

Y más adelante veremos si esta es una ley constante.

Pero examinemos lo que aquí pasa.

Llega un día en que un establecimiento público deja de cumplir sus compromisos. Tiene obligación de dar dinero en cambio de unas promesas de hacerlo así en el acto de serle presentadas estas, que no otra cosa son los billetes, y no consiente que se invoque contra él el derecho de exijirle que cumpla con su deber.

La escandalosa cola pregona á voz en cuello que un establecimiento de crédito, merced á un injusto privilegio, tiene derecho de tener el nombre y no justificarlo. Debe ser establecimiento de crédito, y deja que sus valores se desacrediten en la plaza y sufran un descuento.

Viene un Gobierno, y fundado en que ya no le sirve ó en que no tiene que guardar consideraciones á un establecimiento que tanto ha ganado con sus operaciones, le dice:

—Amigo Banco de España: *Cambiar, ó suprimo* el Banco.

Y el Banco dice:

—No puedo más, estoy hasta el gollete.

Entonces el ministro de Hacienda idea un plan: plan gigantesco al cual nada falta para ser completo mas que *el ser verdad*; entonces, repito, el ministro se hace este razonamiento:

—El Banco no dá mas de sí; es así que el Gobierno necesita un Banco para sí, y que no podemos seguir así; luego lo natural es fundar un Banco Nacional Inglés.

Aquí fué Troya. Dice el Banco de España:

—Nó, señor, yo tengo un privilegio. El Gobierno no puede hacer una nueva ley.

—Sí, señor, dice el ministro, VV. están ya con el pié en el estribo. Y sobre todo, bastante han abusado del público y de mí.

—Pues allá lo veremos, dice el uno.

—Lo veremos, contesta el otro.

Y parece que á la manera de Vénus, que nació de las espumas del mar, el Banco Nacional Inglés estalla al choque de esta disputa.

¿Si será esto verdad?

Pero hay gente juiciosa que dice: ¿y por qué conceder á los ingleses la fundación del nuevo Banco.

¿Hay algo detrás que no se quiere decir?

Allá lo veremos; pero prescindiendo de *aquello*, que si lo hay ya parecerá, el público echa sus cuentas; y dice:

Si el nuevo Banco ha de tener seiscientos millones y ha de dar cuatrocientos al Tesoro y tiene que *absorber* cuantos bancos y banquitos se le pongan á tiro.... Dígame á V. que á este nuevo Banco le va á suceder lo que á los hijos precoces.

Va á empezar por donde su padre acaba.

Aquí me ocurre una idea:

La culpa de que se haya fundado otro Banco ó se trate de fundar, no es del Gobierno, sino del Banco.

El Banco ha convertido á cada tenedor de billete suyo en un *inglés*.

Se ha reido de todos y les ha hecho sufrir la cola, el descuento y otros excesos; pero como la ley de la espacion se cumple ahora, el Banco muere á manos de los *ingléses*.

Solo que se me figura, como iba diciendo, que el Banco va á ser un hijo precoz, va á acabar por donde su padre empieza: á los quince días, tiene hipo y no puede cambiar.

Porque la cosa es clara.

Yo tengo seiscientos reales. Establezco una industria, pero ántes tengo obligación

de dar cuatrocientos reales á quien me dé los seiscientos, y de los doscientos que quedan me obligo á que salga lo suficiente para comprar el mobiliario que me deja mi antecesor en el oficio (que vale doscientos y pico), y lo demás que me falta lo puedo emplear en mercancías para vender al por menor.

Yo no sé si me equivocaré; pero se me figura que el ministro de Hacienda, cuyo buen talento no puedo menos de reconocer, al crear el Banco Nacional padeció una equivocación, semejante á la del que, no sabiendo dónde meter un monton de arena, decía:

—¿Hay nada más fácil? Haga V. otro hoyo más grande para meter la que salga de los dos.

Pero como aquí todo es grilla, yo me temo que el Banco no sea Banco, y digo más, si no se fundara en el privilegio, yo creo, que siendo lo que aparece, sería bueno.

Pero lo repito, yo estoy escamado con la cuestión de Bancos; los más sólidos son los que menos debían serlo.

Verán VV. el nuevo Banco cómo llega á hacerse fuerte como su antecesor y se convierte en banco de arena.

Y como banco de arena, será bastante fuerte para hacer encallar la nave del Estado.

Y vendremos á parar en que lo malo aquí no es el Banco, sino lo que viene detrás.

En resumen y para terminar: La situación de la Hacienda no es buena. El Banco no la salvará.

Aquí todo es cuestión de no estar cada cosa en el puesto que le corresponde.

Ponga V. al ministro de Hacienda en Gobernación.—Sería un gran ministro.

Ponga V. al señor Posada Herrera en el ministerio Isturiz, y será ministro con el que le suceda.

¿Cuánto mejor ministro de Hacienda no hubiera sido EL CASCABEL!

Pero en este país hay mucho de *aquello*: —Hombre, V. *debía* ir á París.

—Pues por eso no voy, porque *debo*.

—Yo no sé nada de Hacienda, dice un hombre político.

Y le dicen: Pues sea V. ministro de Hacienda.

Salte luego, despues de haberlo echado á perder más de lo que estaba, ¿y qué se le va á decir?

—Nada.

Sucédele al público lo que al del cuento del loco.

Llegó cierto sugeto á una casa de locos

y entabló conversacion con uno que le dijo: —Mire V., los locos dan un chasco á cualquiera, hablan con concierto, no desbarran, y sin embargo, en un momento dado sacan la pata. Yo, por ejemplo, soy loco. ¿Vé V. qué racional estoy? Pues sin embargo, no se fie V. de mí. Yo se lo suplico, y para probarle que mi consejo es de amigo, quiero hacerle á V. una distincion, le voy á dejar tomar un polvo de mi caja.

No bien habia metido los dedos el cuerdo, cuando ya el loco le habia hecho presa, cogiéndole los dedos en la caja, y á los gritos de dolor que el hombre daba, contestaba el loco muy en ello:

—¡No le dije á V. que no se fiase de ningun loco!

Entró el señor Alonso y empezó á estudiar.

Como se respira cierta atmósfera, esta le impulsó á querer atacar la cuestion de frente. Hizo como que iba á hacer. Su lema fué *Herrar ó quitar el Banco.*

Empezó á estudiar.... siguió estudiando, y ya cedia en la primera parte. No pensaba más que en quitar el Banco.

Llegó al año de 1866: no habia hecho nada, todos esperaban grandes cosas....

Salió por donde nadie lo esperaba, cambió el proverbio; en vez de «Herrar ó quitar el banco» dijo: «Errar y quitar el banco.»

Esto y nada, ¿qué es?
Llámele V. h.

LA FELICIDAD.

La humanidad se asemeja mucho al héroe manchego que inmortalizó nuestro egregio y celeberrimo Cervantes.

Don Quijote, en su afán de deshacer entuertos y de acometer las empresas más arriesgadas y difíciles, solia emprenderla con los rebaños ó con los molinos de viento, creyendo hallarse en descomunal batalla con ejércitos formidables.

La humanidad, victima de una ambicion constante y, por consecuencia, en lucha siempre con nuevas aspiraciones y nuevos deseos, pretende á lo mejor dar forma á una idea, ó realizar las quiméricas ilusiones de un sueño.

Nada, pues, tenemos que envidiar al amante de Dulcinea.

Las pesadillas de la inteligencia nos colocan por lo general, y sin que tengamos la suerte de apercibirnos de ello, al borde del ridículo.

¿Qué diríamos del hombre que durante la noche fuera buscando un rayo de sol?

Diríamos que estaba loco, y tendríamos muchísima razon para decirlo, siempre que no incurriéramos nosotros en análogas excentricidades.

Porque conviene tener muy presente que no podemos ni debemos reprochar á los demás, lo que con frecuencia podemos y debemos reprocharnos á nosotros mismos.

¿Quién no ha tomado parte alguna vez, durante la época encantadora de los primeros años, en el conocido juego de la gallina ciega?

¿Quién no recuerda ese juego, propio de la infancia, cuyo principal mérito consiste en que el que hace de gallina ciega vaya tropezando con todos los objetos que encuentra al paso menos con aquello con que desea tropezar?

La humanidad entera se ha dedicado á buscar un rayo de sol en medio de las tinieblas de la noche.

La humanidad, un tanto aficionada á los inocentes entretenimientos de los niños, sigue jugando á la gallina ciega, y sigue tropezando y cayendo sin conseguir dar con lo que busca.

Lo que busca es la felicidad. La felicidad es el objeto, el fin, mejor dicho, adonde se encaminan todos nuestros pasos, todas nuestras acciones, todos nuestros pensamientos.

La felicidad es un oculto resorte que tiene á la humanidad en continuo movimiento.

No hay nada que nos preocupe tanto como el deseo de ser felices.

Lo cual, bien considerado, no tiene nada de particular.

Si en este mundo, donde hay tantas sociedades de crédito y sociedades de tantas clases, géneros y condiciones, se estableciera una que tuviera por base proporcionar la felicidad á todos los que carecieran de ella, seria divertido ver que hombres y mujeres, viejos y jóvenes, pobres y ricos, todos trataríamos de tener alguna participacion en una sociedad que iba á facilitarnos lo que en balde habíamos procurado atraernos hasta entonces por medio del oro, ó de los honores, ó de los placeres.

Pero semejante sociedad reservaria á sus socios la más cruel de las decepciones, que es lo que, por lo general, acostumbran á repartir á los suyos la mayor parte de nuestras sociedades de crédito.

Es verdad que hay quimeras muy bonitas y sueños muy dorados; pero por desgracia no son nunca otra cosa que sueños y quimeras.

Abrir desmesuradamente los ojos para no perder ninguno de los giros y revueltas del fantasma que muchas veces nos empeñamos en perseguir, es una temeridad cuando menos.

Para ver lo que no existe, para recrearnos en lo que no tenemos delante, solo necesitamos abrir los ojos del alma.

La felicidad que todos apetecemos, y por la que tan ardentemente suspiramos, no es otra cosa que un delirio de nuestra fantasia.

La verdadera felicidad no es de este mundo.

Por eso para verla necesitamos abrir los ojos del espíritu.

Sobre la tierra, sin embargo, debe existir algo de felicidad, puesto que hay muchos que pasan por felices.

Pero entonces, ¿dónde se oculta, que su paradero es ignorado de la mayor parte?

La importancia del asunto, bien merece que nos detengamos un momento á reflexionar.

Un hombre tiene la suerte de poder decir:—«Yo es-

toy siempre alegre, porque soy completamente feliz. En toda mi vida me he impuesto ni el más pequeño trabajo para alcanzar el bienestar de que disfruto: no tengo penas de ninguna clase, y no me falta un duro en el bolsillo.»

Esto ya es algo. Por lo menos contamos con un semejante que ha encontrado la felicidad.

El no sabe cómo ni dónde la ha encontrado: solo sabe que es feliz, y todo lo demás le importa muy poco. Vamos á ver si conseguimos entendernos.

Un segundo mortal, ménos afortunado que el primero, nos sale un día al encuentro, y nos dice:

—«Estoy aburrido, desesperado... Todo cuanto emprendo me sale al revés; todos mis planes se frustran, y de tal manera se ha empeñado la suerte en huir de mí, que por mucho que corro no consigo alcanzarla»

Esto ya es otra cosa. La cuestion va perdiendo, por fin, el misterio impenetrable en que se envolvía.

Recojamos todos los cabos. El primer mortal que nos dirigió la palabra nos dijo que no habia puesto nada de su parte para alcanzar la felicidad de que disfruta.

El segundo, por el contrario, no tiene otro deseo, ni otro pensamiento, ni otro afán, que el de marchar en pos de la suerte que se le escapa.

La luz más brillante ha iluminado por completo el asunto.

Las dificultades han quedado vencidas.

He aquí la solucion:

El que quiere encontrar la felicidad, debe empezar por no buscarla.

Indudablemente acabamos de dar un gran paso por la senda de los descubrimientos.

Pero sigamos reflexionando.

Ya sabemos que la felicidad existe tambien en el mundo, y que por uno de sus infinitos caprichos, prefiere buscar á que la busquen.

Averiguemos ahora, hasta donde nos sea posible, si semejante felicidad es verdadera.

El hombre, desde que entra en el uso de la razon, empieza á sentirse aguijoneado por un imperioso deseo de felicidad.

El deseo de felicidad engendra las ilusiones de la juventud, y es el sueño constante de nuestra vida.

Preguntad á todos los que trabajan, á todos los que discurren, á todos los que se mueven, qué es lo que buscan, y os contestarán:—«La felicidad.»

La humanidad se agita en todas direcciones, acariando siempre la grata esperanza de tropezar con el bello ideal de sus sueños y con el premio de sus afanes.

Hay momentos en la vida en que no queremos hacer participes á los demás de nuestros secretos ó de nuestras impresiones, temerosos de que nos roben un solo átomo de la dicha que poseemos ó tratamos de proporcionarnos.

Sucede muchas veces que la felicidad se atraviesa en nuestro camino, y como no la conocemos, no nos tomamos ni aun el trabajo de mirarla.

Otras veces, cuando creemos apoderarnos de la felicidad, nos encontramos con un horrible desengaño.

Esto acontece muy á menudo.

Pero me olvido de mi objeto principal que no es otro que el de averiguar si es falsa ó verdadera la felicidad que existe en el mundo.

Para conseguirlo continuemos reflexionando.

La esperanza de una buena cosecha constituye la felicidad del labrador.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuacion.)

La recién llegada carecia al mismo tiempo de ambas, y unia á esto un carácter vanidoso y un corazón desnaturalizado. Se llamaba doña Cándida Mariñan, y tambien en ella el nombre era un contrasentido, casi un sarcasmo.

Doña Cándida era soltera, y la más pequeña de las ocho hijas de un honrado labrador de la Mancha, quien agobiado con su numerosa familia, la habia enviado á Madrid á casa de un hermano suyo. Este tenia una tienda bien surtida de ultramarinos, y vivia sometido á su mujer, de la cual no habia tenido hijos.

Su mujer era avara, de genio sumamente desapacible, y su primera providencia fué convertir á la sobrina en criada, y hacerla participar de las manifestaciones de su cólera, que ántes se sobrellevaba solo el buen marido.

Cándida habia sufrido sus desprecios y su mal trato durante muchos años, y esto habia agriado su carácter, naturalmente áspero.

Su historia, y el decir que no conocia la buena moral, ni la religion, basta para hacer el retrato de su alma.

Hoy, que tanto se clama sobre la ilustracion que debe procurarse á todas las clases de la sociedad, se olvida, sin embargo, el instruirlos, ante todo, en los principios del bien y en las creencias religiosas.

¿Han ganado los pueblos con esto? Tal vez no, aun-

que parezca un absurdo. En cada lugarcillo hay un maestro de escuela, cuya escasa retribucion le hace ser ménos escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes. Allí van forzosamente los niños. ¿Y qué es lo que aprenden? A leer, escribir y contar. ¿Y de qué les sirve? De saber descifrar algunos libros perniciosos, cuyo sentido trastornan, y con los cuales vician sus ideas. Antes no aprendian á leer, y esto es ciertamente un mal; pero el buen cura de aldea les enseñaba con evangélica uncion que amasen á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismos, y el pobre, si no era instruido, era al ménos bueno.

Interin la educacion moral no sirva de base á la instruccion, serán ilusorios, ó tal vez perjudiciales, todos los desvelos de los hombres pensadores.

Cándida, pues, sabia leer y escribir, y esto la habia hecho creer siempre que no habia nacido para la clase en la cual la habia colocado la suerte. Esto la habia hecho aborrecer y despreciar su condicion, y envidiar á las elegantes damas que pasaban por delante de su tienda ostentando trajes de crujiente seda.

A los veinte años, no era mal parecida; y esto, y su exajeracion en el modo de vestir, á pesar de los gruñidos de su tia, la habian atraído una infinidad de adoradores.

Habia, además, otra razon para ello. Su tia era ténida por muy rica, á causa de su avaricia, y su fortuna debia pasar naturalmente á su sobrina.

Pero todos los partidos que se presentaban eran artesaños, ó cuando más tenderos, y el orgullo de Cándida se rebelaba contra la idea de pasar toda su vida tras un modesto mostrador.

Su sueño dorado era ser señora, y aun aspiraba á tener coche. Habia entre sus adoradores algunos estudiancillos; pero estos no pensaban mas que en pasar alegremente el tiempo, y Cándida veia con desesperacion trascurrir los días y morir sus esperanzas.

Estos desengaños la hicieron algo más cauta, y cuando su tia la habló con mucho empeño de un joven comerciante de telas, pareció acceder gustosa, y aun dió á su prometido mil seguridades de cariño.

Pero quiso su mala estrella que viesse muy á menudo en casa de su novio á un elegante caballero, el cual, por su parte, parecia no mirarla con indiferencia.

En una palabra, el día mismo fijado para su boda,

Cándida abandonó secretamente la casa de su tia, y fué á instalarse en una elegante habitacion de la calle de Preciados. Habia preferido á su honor, á cumplir los deberes de gratitud, á un porvenir tranquilo, el derecho de llevar trajes de seda y cubrir con un velo de encaje el estigma de infamia, grabado indeleblemente en su semblante. Su tia la desheredó. El caballero, para recompensarla de aquella pérdida, la hizo cesion de la casita de la calle de San Vicente, y de la que habitaba en la de Preciados.

Así, que cuando sus antiguas amigas huian de ella, ó fingian no conocerla, Cándida jugaba orgullosamente con su cadena de oro, y se encogia de hombros con desprecio.

Además, Cándida albergaba una secreta esperanza. El caballero era viudo, con una niña, y ella sabia muy bien, que cuando estas uniones clandestinas se consolidan con el tiempo, por más desbelladas que sean, acaban siempre por el matrimonio.

No obstante, habian pasado veinte años, y todos sus manejos habian sido vanos. Cándida empezaba á perder la paciencia.

Ya no era joven, ya no era bonita; se habia acostumbrado á la abundancia, y sentia que la faltaban consideracion y respeto. Pero el caballero, aunque dominado en parte por ella, era frio, egoísta ó indolente. Era de aquellos que saben transigir perfectamente con su conciencia, y mediante falsos racionios, viven en paz consigo mismos.

Si habia seducido á Cándida, si la habia arrebatado su porvenir, la habia dado en cambio dos cosas. ¿Qué podia, pues, echarle encara? Afortunadamente, para la grosera delicadeza de Cándida, esto bastaba; pero no bastaba para su ambicion: Cándida queria ser su esposa para tener más comodidades, para hacerse mejor lugar entre sus conocidas, y para mandar en jefe en su casa.

Era absolutamente preciso que se casara con ella; pero cómo? El caballero no conocia la religion, y por lo tanto, no tenia confesor; no estaba nunca enfermo, y tampoco tenia médico. Despachaba casi por sí mismo sus negocios, y su secretario no tenia ninguna influencia sobre él. Era altanero é indiferente, y casi nunca hablabá con su ayuda de cámara ni con el aya de su hija. Cándida no sabia qué hacer.

El niño en sus juguetes.
El ladrón en apoderarse de lo ajeno.
Las coquetas en el espejo.
El empleado en la nómina.
El jugador en una carta.
El cesante en un destino.
El poeta en la gloria.
El usurero en el tanto por ciento.
La madre en sus hijos.
El petardista en engañar al prójimo.
El mendigo en la caridad ajena.
El pintor en sus pinceles.
Los pajarillos y las flores en los primeros rayos del astro de la mañana.

Todos, en fin, tenemos nuestro modo particular de ver la felicidad, y esto es la prueba mayor de que la felicidad no existe.

Es indudable que todos nos proponemos una misma cosa; pero no todos empleamos los mismos medios, ni marchamos por el mismo camino, ni nos dirigimos al mismo punto.

Esta diversidad en los pareceres dice muy poco en favor de la felicidad.

El labrador, por ejemplo, no puede menos de soltar un grito de exclamación y de alegría cuando repara en las innumerables y granadas espigas de sus campos.

Pero ¡ay!... una sola tormenta desbarata en algunos minutos toda la felicidad del pobre labrador, como las tempestades y borrascas de la vida se encargan de destruir la felicidad del avaro, y la del niño, y la del jugador, y la de la coqueta, como destruyen en un solo momento la de cuantos tienen la debilidad de considerarse en posesión de una suerte verdadera y constante.

Nuestras dudas han desaparecido.

Convengamos, pues, en que la felicidad que existe en el mundo no tiene nada de verdadera.

No es otra cosa que un placer, un deleite, una dicha que dura más ó ménos tiempo, y que al fin y al cabo se convierte en humo.

Y quizá desaparece cuando más la necesitamos, cuando mayor interés tenemos en poseerla.

La felicidad tiene bastante de caprichosa.

La felicidad de los amantes tendría mucho de verdadera, si la felicidad no se permitiera ciertos caprichos.

Un hombre llega á enloquecer de amor por una mujer.

Aquel hombre no tiene otra ambición que la de agradar en todo á la mujer que adora, como á las niñas de sus ojos, ni otro pensamiento que el de contemplarla á todas horas.

Si la mujer le da una prueba de cariño, si le regala una amorosa sonrisa y una de esas miradas que tienen el privilegio de hacer adivinar todo un mundo de delicias, el hombre es completamente feliz, porque es necesario no olvidar que el que ama de veras se contenta con muy poco.

Pero si el hombre encuentra á la mujer en una calle, ó en un paseo y no le mira siquiera, ó si le mira lo hace de una manera fría é indiferente, entonces el gozo se trueca en luto, y la sonrosada esperanza de felicidad se convierte en un desencanto.

El amante ve morir una á una todas las ilusiones que formaban su felicidad, y tal vez no le queda otra cosa de la mujer que ama, que una carta, ó un retrato, y un sinnúmero de tristes recuerdos.

¿Por qué será caprichosa la felicidad?

Para un solo instante que nos halaga, cuántas lágrimas nos hace verter y cuántos disgustos nos proporcional!

El deseo de felicidad hace conocer á muchas personas el feo vicio de la envidia.

Una posición brillante deslumbra siempre.

¿Habrá alguno en el mundo que no se considere ménos dichoso que los demás?

La felicidad del vecino siempre nos parece mayor que la nuestra: esto es muy propio de la humanidad.

Pero también nos equivocamos muchísimas veces.

¿Cuántos de los que pasan por muy felices cambiarían su suerte por la del pobre mendigo, que va de puerta en puerta para recoger una miserable limosna!

¿Cuántos de los mismos que vemos con frecuencia en los cafés, y en los teatros, y en los paseos, ocultarán la gangrena de la desdicha bajo un exterior apacible y tranquilo!

¿Cuántos de los que padecen en silencio, sin que se les conozca en la cara lo mucho que sufren, excitarán la envidia de otros mucho más felices que ellos!

Así es como la felicidad se divierte con los que la tributan culto: es decir, con los que la buscan.

La felicidad no existe.

Es una palabra vacía de sentido, que debería desaparecer del diccionario de la lengua.

Es un sangriento sarcasmo arrojado en medio de la humanidad.

Es una mentira que nos mueve, y nos subyuga, y nos arrastra.

La felicidad verdadera solo puede encontrarse en la mansión del Eterno.

La felicidad es Dios.

¡Dichosos los que á Dios se aproximen, porque ellos serán los felices!...

FRANCISCO DE LA CORTINA.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

NOVENA PAREJA.

Don José Bosque Sombrio fué en su juventud, —ya hace tiempo,— un muchacho muy guapo y bien educado, temeroso de Dios y de las mujeres, porque tenía un miedo cerval á este bellissimo bello sexo, y ya habia cumplido los veinticinco años, sin haberse atrevido á decir á una muchacha: «Buenos ojos tienes.» No era que no le gustasen las mujeres, que le gustaban, y muy mucho; pero tenía un padre que habia sido casado tres veces, y tales trabajos y pesadumbres habia sufrido en sus tres matrimonios, que, cuando quedó viudo por tercera vez, juró odio eterno á las mujeres; y se dedicó á infundir este odio á su vástago, al cual no permitía, cuando niño, recibir besos de las señoras; y si alguna vez se dejaba besar, solía arrimarle un pellizco que le hacia ver todo el sistema planetario. No le permitió nunca jugar con los niños, como jugamos todos cuando somos chicos, porque decía el dignísimo padre, que á los niños que juegan con las niñas, les sucede luego, cuando hombres, que las mujeres juegan con ellos, lo que ya es harina de otro costal.

Creció el muchacho, como era natural, y empezó el padre á decirle picardías de las mujeres, añadiendo á las de su cosecha y de su experiencia, las que han dicho infinidad de sabios que puede que, á pesar de haber escrito grandes herejías en desdoro y menosprecio de la mujer, fueran en su tiempo unos babosos, capaces de hacer la rueda á una escoba con faldas, y acaso, acaso, si hablaron mal de las mujeres, fué porque sus contemporáneas preferían á los sabios los tontos, lo

cual, dicho sea en honor de la verdad, sucede ahora en muchos casos, y habrá sucedido probablemente desde los tiempos de Adán y Eva, nuestros preciosísimos padres.

¿Qué habia de suceder?... El muchacho, que siempre estaba oyendo renegar de las mujeres, llegó á persuadirse de que una mujer era una fiera temible, la más enemiga del hombre.

—La mujer es un demonio, le decía el padre; mira, hijo mio, que yo he tenido tres demonios á mi lado, uno tras otro. Tu madre no hizo cosa buena, mas que darte á luz; la que sucedió á tu madre me dejó en cueros en el rigor del invierno, y sin más ropa, ni dinero, ni muebles en casa, que los clavos donde habia tenido colgados los infinitos vestidos que debió á mi munificencia; y la última, la que se murió del susto que le causó ver á un raton corriendo detrás, digo, delante de un gato, esa tenía dispuesta una vez una disolución de fósforos para darme de refrescar, esto, despues de haber sido mi verdugo durante los cinco años que estuve casado con el demonio, es decir con ella.

—Pero, papá, todas las mujeres no serán malas.

—Todas, hijo mio, todas.

—Alguna habrá buena.

—Si es buena, no es mujer...

—Pues todos los hombres que veo por ahí van con sus mujeres.

—Ya lo creo; con tres he ido yo, y ya sabes lo que me ha sucedido... Es muy distinto ver á los matrimonios en la calle y verlos en el hogar doméstico.

—Entonces, ¿por qué se casó V. tres veces?

—Porque me dió la gana, eso no te importa.

—Todos mis condiscipulos tienen novia.

—El día que sepa que tú la tienes te rompo un alon.

—Pues V. tuvo tres.

—¡Dátele! yo no soy tú y tú no eres yo; yo he sido desgraciado porque me ha dado la gana; pero tengo el deber de evitar que tú lo seas.

—Pues algunas veces, cuando mis condiscipulos me hablan de sus conquistas, y me leen las cartas de sus novias, y me refieren los lances en que se ven, y otras cosas muy sabrosas, propias de la juventud, advierto que me falta algo.

—Advertirás que te faltan cuatro palos, que no te faltarán si llego á sorprenderte en relaciones con una mujer, aunque sea ella una princesa heredera de un trono. Tú no has de ser desgraciado como lo he sido yo.

—Y ahora que me acuerdo, ¿sabe V. que la criada que ha traído V. ahora es muy vieja y fea?...

—Así la he escogido, para que veas qué horrible es la mujer.

—Cuando es vieja, y también hay viejas que no son antipáticas.

—¡Vaya! hijo mio, tú te perderás; tú no serás nada de provecho en toda tu vida; tú morirás joven, ó morirás viejo pero abrasado, frito, desesperado, rabioso, comido, hecho una lástima.....

—Pero papá...

—No hay papá que valga; no pensé yo tener un hijo para que lo perdieran las mujeres; pero en fin, tú lo quieres, hágase tu voluntad, y ellas te lleven, que es como si te llevarán todos los demonios. Ya que he tenido tan arrastrada vida, hubiese querido vivir mis últimos años y morir tranquilo; pero si tú te dedicas á las mujeres, si las mujeres te pelan, como te pelarán, buena vejez le vas á dar á tu padre, ¡gran indio!

Y el muchacho, que amaba mucho á su padre y no queria darle disgustos, tenía siempre en cuenta estas observaciones, y aunque las mujeres no le parecían tan

vial; esto no pasa de ser una amenaza. ¿Cómo podríais perder á una familia honrada por unos miserables cien reales, que no valen la más insignificante de vuestras pulseras?

Cándida, trasportada de cólera, olvidó por un momento su papel de gran señora, y volvió á creerse en la tienda de ultramarinos.

—¿Cómo! gritó poniéndose en jarras. ¿Quién la manda á la vieja hacer esas observaciones? La casa es mia, y si se me antoja comprar chinitas con el precio de los alquileres, á nadie se le importa.

Claudio dió algunos pasos hacia ella con el rostro encendido.

—Basta, señora, dijo, espero dentro de dos horas poder pagar esa suma: si no, proceded como gustéis, estais en vuestro derecho; pero no vengais á insultar las venerables canas de mi abuela.

Cándida quiso hacer un arrumaco gracioso, é hizo una ridicula contorsion.

—Yo soy buena, dijo con tono meloso, fijando sus ojos grises en el jóven; yo soy muy buena, demasiado buena, y si venis á mi casa, como os he rogado tantas veces, tal vez nos entenderemos.

—Iré cuando tenga el dinero.

—Con dinero ó sin él....

—No, señora.... dijo Claudio con entereza; si dentro de dos horas no puedo pagaros, haced lo que juzgueis más conveniente para cubrir nuestra deuda.

Cándida se mordió los labios con despecho, y se levantó fuera de sí.

—¡Dentro de dos horas! dijo; ¡os doy de tiempo dos horas!

Claudio se inclinó sin responder.

La solterona se abalanzó á la puerta, exponiéndose á romper sus encajes con la precipitación de su reman-go, y salió refunfuñando de la habitacion.

Hubo un largo intervalo de silencio.

—Y bien! ¿qué hacemos? gritó por fin Nicolás con voz vibrante.

—Tú, dormir, dijo su madre dándole un beso.

—Y yo ir á vender mi Historia de Granada, aunque sea por papa, añadió Claudio suspirando.

Y se dirigió á su gabinete.

—No os afijais abuelita, dijo Virginia á la buena Se-vera, que lloraba silenciosamente en un rincon.

—¡Si Dios fuese servido de llevarme! murmuró esta en voz baja, os librería de una pesada carga.

Virginia puso un dedo en sus labios, mostrándole á Nicolás.

La anciana se levantó apresuradamente, y salió del aposento.

—¿Cuánto os han dado por mi manteleta? dijo Virginia en voz baja á su madre.

—Diez reales! Tu sacrificio es casi inútil, pues ni aun podemos pasar tranquilo el día!

—Tengamos resignacion, madre querida, dijo la jó-ven sonriendo con dulzura.

En aquel instante, Claudio salia del gabinete con un abultado manuscrito debajo del brazo. Al mismo tiempo se oyó un agudo grito en la cocina.

Todos se abalanzaron á la puerta.

—¡Lo he cogido! dijo la abuela volviendo triunfante, y trayendo el pajarillo cogido por las alas.

Ya habia olvidado su pesar, y su fisonomia era tan risueña como siempre.

Entregó el pájaro á Nicolás, que se sonrió tristemente.

—Ea, dijo Claudio, que participaba del conñado carácter de su abuela, disponed la comida: á las dos volveré, y espero que volveré contento.... En tanto, no os inquieteis por nada, madre mia.

Y el bondadoso jóven dió un tierno beso á cada uno de los individuos de su familia, y salió lleno de esperanza.

Al cabo de un instante, solo se oia el monótono canto de la abuela, y el ruido de la aguja, que Virginia manejaba con un ardor febril.

CAPÍTULO II.

Era el anochecer de aquel día: el sol iba á esconderse en el Occidente, y sus postreros reflejos doraban las altas torres y los remates de las casas. A esa hora, las calles de Madrid se parecen á un embrevado torren-te, en donde las oleadas se chocan, se rechazan, se atropellan: solo que las oleadas son formadas de individuos de todas clases y condiciones, que se codean y se empujan, y pasan sin volver atrás la cabeza para ver al infeliz á quien derriban.

(Se continuará.)

malos vichos, como aquel decía, evitaba toda ocasión de hablar con alguna, y cuando no podía evitarla, sentía tal turbación, que poco le faltaba para echarse a llorar, ó desmayarse como una niña nerviosa.

Burlábanse grandemente de él sus condiscípulos, pero él no podía creer que sus condiscípulos tuviesen más razón que su padre y los sábios autores que han hablado perrerías de las mujeres, que los favorables á esta bella mitad del género humano, ya tenía buen cuidado el padre de que no llegasen á las manos del hijo.

Cayó gravemente enfermo el amoroso padre, y, previendo su próximo fin, llamó á su único hijo, y le volvió á recomendar que nunca jamás cediese al halago de las mujeres, y siempre tuviera fortaleza bastante para resistir la tentación. El hijo, que veía que en tan solemnes instantes su padre persistía en su odio á las mujeres y no perdonaba á las que fueron suyas lo que con él habían hecho, se persuadió, en efecto, de que las mujeres eran furias del averno, y se prometió no olvidar jamás los consejos del moribundo, que debía estar rematadamente loco.

Murió aquel enemigo de las mujeres, que tuvo tres; y sino queriéndolas tuvo tres, ¿cuántas hubiera tenido queriéndolas?... El muchacho quedó bien acomodado, porque el papá, aunque una de sus mujeres le había dejado en cueros, según él decía, no estaba desnudo á la hora de su muerte ni le faltaba una casita en Madrid, en la calle de la Pasa por cierto, un poco de hacienda en la Mancha, y un melonar en el camino de Carabanchel, heredado todo de las tres mujeres á quienes tal odio profesaba.

El chico, á quien ya, como dueño de sus acciones y cabeza de familia, aunque no la tenía, llamaré desde ahora don José, lloró mucho, y no salió de casa en mucho tiempo; pero como todo pasa en este mundo, y eso de estarse uno llorando y sin ver á nadie no es ocupación para muchos meses, al fin se resolvió á salir de casa y á distraerse, honestamente, se entiende, como que sus distracciones consistían en ir al antiguo café de San Antonio, en la calle del Pez, tomar un café, oír las piezas con que durante su estancia en el establecimiento le favorecía un reloj de música con figuritas movibles, y guardarse el azúcar sobrante en el bolsillo, y otras veces ir á ver subir piedras y contar ladrillos en una obra en construcción, ó al billar de la calle de la Luna á ver jugar á dos amigos de su padre, que eran muy amigos, y todas las noches jugaban juntos al billar, y ni una sola dejaban de salir regañando y asegurando que no volverían á jugar juntos en toda su vida, ó sino iba, en siendo día festivo, al Retiro, no á ver las gentes, sino á ver las fieras, deteniéndose largo rato delante de la jaula de los monos.

Otra de sus distracciones era ir á visitar á una tía suya, prima de su padre en vigésimo grado, de oficio devota y de profesión harpía, que también era gran enemiga de las mujeres del día, que en su concepto no se parecían en nada á las de su tiempo, ni tenía el diablo por dónde desecharlas. Esta buena señora también le aconsejaba que tuviese gran cuenta con las de su sexo, y no se dejase engatusar para venir al fin á ser víctima de las malas artes de las muchachas del día.

Todas estas distracciones eran muy honestas, ¿quién lo duda? pero también se cansó don José de distraerse tan honestamente, y seis meses después de la muerte de su padre era el hombre más aburrido que había en el mundo.

Un día se acordó de su casa de la calle de la Pasa; el administrador le había dicho que buscara quien le administrara, porque se iba con un destino que le habían dado para Filipinas, y mi don José había resuelto administrarse él solo su hacienda, persuadido de que se necesita mucha virtud para ser buen administrador de lo ajeno. Eran los primeros días del mes, y decidió presentarse él mismo á sus inquilinos, cobrarles los alquileres y pasar el rato.

La casa tenía cinco pisos, bajo, principal, segundo, tercero y guardilla; era alta y estrecha, y tenía, por consiguiente, riquísimo fondo; los cuartos eran todos baratos, como que el bajo costaba cuatro reales, el principal ocho, el segundo seis, el tercero tres y medio, y la guardilla quince cuartos.

Don José se dirigió á la calle de la Pasa, y llamó en el primer piso de su casa.

—¿Quién es? dijo una voz triste y medrosa.

—Gente de paz.

—¿Qué se le ofrece á V.?

—Abra V., soy el dueño de la casa.

—La hicimos! dijo otra voz por dentro de la habitación, y se abrió la puerta después de un momento.

Y al mismo tiempo que entraba don José en la habitación, advirtió que le agarraban de los faldones y de las piernas cuatro chicos llorando como desesperados, y que un hombre, que debía ser el autor de toda aquella gente menuda, abría los brazos y le estrechaba contra su corazón con la más tierna efusión, llorando también como su prole.

—¿Qué es esto? decía don José.

—¿Señor! decía el hombre que le abrazaba.

—¿Papá! decían los chiquillos.

—Pero ¿qué es esto? preguntó otra vez el casero.

—Señor, dijo el hombre, treinta años de servicios, y aquí me tiene V.

—Bien, ¿y qué?

—¿Conoce V. al ministro de...?

—No, señor.

—Es un tuno.... A él debe V. ir á cobrarle la casa.

—¿Hombre! no vive en ninguna mia.

—Debe V. ir á que le pague este cuarto.

—Pues qué, ¿es tutor de V.?

—Sí, señor, y me ha dejado cesante á los treinta años de servicios y después de haber sido sargento y vertido mi sangre....

—¿Tiene V. muchas heridas?

—No, señor, ninguna; pero cuando estaba en el servicio era muy propenso á echar sangre por las narices.

Pues no puedo pagar á V....

—Tampoco pagó V. el mes pasado.

—No, señor, ni pagaré el mes que viene, si continúa cesante....

—¿Hombre! ¿me gusta la franqueza!...

(Se continuará.)

CASCABELES.

En la relación de asociados del *Credito al trabajo* que publicamos en el número anterior, se nombró equivocadamente á don Francisco Segura como dueño de un molino de chocolate. Debe decir encargado del establecimiento cuya propiedad es de la señora viuda de Calsina.

Se ha dado un paso para el desestanco del tabaco, permitiendo la introducción y venta del habano. Damos un aplauso al ministro de Hacienda.

En eso del desestanco
te lo doy de todas veras....
¡Ojalá lo merecieras
lo mismo en eso del Banco!

Logogrifo del número anterior.

Por el mal viento que sopla
en esta eterna Babel,
mándeme usted EL CASCABEL
desde hoy á Constantinopla.

Una suscritora muy guapa.

El drama *En brazos de la muerte* de nuestro amigo Larra, es una obra de gran mérito literario, y hecha con mucho conocimiento de la escena. Aconsejamos al público que vea este poema, que acreditaría al señor Larra, si ya no le contase el público entre los más dignos mantenedores del Teatro español. La ejecución de esta obra por Teodora, Valero y Zamora, no deja nada que desear.

Charadita.

La primera, lector mío,
en EL CASCABEL la ves;
la segunda con la cuarta
por medicina tomé;
á las que son tercera y prima
debo el sentirme muy bien,
y todos los días, todos,
contento las voy á ver,
y un abrazo las daría,
que lo merecen á fé;
tercera y cuarta casi casi
lo mismo que el todo es,
y es frase que algunas veces
está dentro de una nuez;
y el todo es una muchacha,
y una vieja puede ser,
cuando tienen la cabeza
como dada á componer.

Sabemos que las señoritas Natalia, Blanca y Leontina Foucart, aprovecharán su estancia en Madrid para dar algunas funciones más en el teatro de la Zarzuela.

Al par que nos complacemos en participar al público tan agradable noticia, y en volver á admirar los sorprendentes ejercicios de las señoritas Foucart, sentimos que el motivo de que hayan venido á esta corte no sea otro que el de entablar el señor Foucart padre un litigio contra el opulento banquero don Simon de las Rivas, sobre pago de sueldos devengados en el circo de Cádiz por aquellas.

El otro día fué conducido á la Audiencia, desde la cárcel, con esposas en las manos, un redactor de *La Democracia*. Los periódicos hacen por esto cargos al Gobierno: creemos que en este hecho el Gobierno no puede haber tenido la más mínima participación. No somos amigos del Gobierno, pero ni este ni otro alguno, sea el que quiera, es capaz de un atropello de esa naturaleza.—Lamentamos profundamente, como amantes de la prensa, este hecho, y deseamos que se publique el resultado del expediente que se ha formado. Hasta entonces á nadie culpamos.

El otro día dijo el ministro de Hacienda que cierto contrato estaba en la interpretación de lenguas, porque está escrito en francés.

¡Hombre! ¡hombre! si estuviera escrito en hebreo no tendría nada de particular que no hubiese quien lo tradujera en el ministerio de Hacienda; pero en francés....

¡Válgame Dios! ¿qué salida de pié de banco?... No son raras estas salidas en un ministro que sueña con el Banco de España, con el español en ciernes, con el inglés y con todos los Bancos del mundo....

Dice *La España* que una dimisión del ministerio á tiempo evitaría muchos males, y tiene razón; pero diga V. señora, ¿sabe V. de alguna vez que aquí se haya hecho algo á tiempo? Aquí se hace todo ó muy temprano ó muy tarde; pero á tiempo, nó.

A los chilenos parece que les va gustando cada vez menos la marina española, á medida que van recibiendo golpazos.

Así debemos convencer á los de extrangis que nos quieran hacer el bú; pero acá dentro, entre nosotros, no debemos convencernos de esa manera.

La diputación provincial de Almería, de acuerdo con el gobernador, ha resuelto encargar al Ingeniero jefe de

obras públicas de la provincia todo lo concerniente á carreteras provinciales y vecinales, y suprimir la Dirección de caminos.

Como esta medida, sobre no producir economía, es contra el reglamento de Directores de camino vecinales de 1848, y diferentes reales órdenes posteriores, es de creer que, cuando venga á consulta y aprobación del ministerio, éste conteste como se merecen á la diputación y al gobernador.

Hasta en los pueblos más subalternos hay la buena costumbre, por decoro público y privado, de sacudir las esteras en el corral, dicho sea con perdon de VV. En la corte, nó; en la corte hay la de empolvar á los transeuntes sacudiendo encima de ellos esteras, alfombras, mantas y demás utensilios domésticos. Inspirámonos este suelta una carta que hemos recibido de un vecino de la Plaza de Santa Ana, quien pasaria, según chistosamente dice, por tragar polvo, si á lo menos no se le despertara al amanecer con tan ruidoso apaleamiento.

Y como está mandado que esto se haga en el campo, denunciemos el abuso á quien corresponda, que no sabemos quien será, porque ahora todo corresponde á la *Union liberal*, que es no corresponder á maldita de Dios la cosa.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

IMPRENTA DE EL CASCABEL.

En esta imprenta se admiten encargos de impresiones, sirviendo á quien nos otorgue su confianza y nos pague, con el mayor gusto y la mayor economía. Pueden hacerse periódicos de todos los colores conocidos, obras (aunque sean malas), folletos (aunque sean políticos) y sirvan lo mismo que á quien tiene tercianas rascarse las zapatillas, esquelas de matrimonios, mudanza de casa, y defunción, prospectos, estados, billetes (no de Banco), programas (no de Manzanares), recibos (aunque ahora, como nadie quiere dar, poco hay que recibir), y todo lo demás.

Dirigirse al regente (no vayan VV. á escribir á Logroño á Espartero), que está esperando en la calle de los Caños, núm. 4, bajo, deseando que caiga (y no se haga daño) algun parroquiano (aunque sea de otra feligresía).

Papel pintado y transparentes.—Novedad y baratara en todas clases; decoraciones, adornos y colocación esmerada.—Calle de Tetuan, núm. 1.

A gustar poco y vestir bien.—Lanas rayadas y cuadros, última novedad, desde 2 1/2 rs. hasta 5; mozañiques desde 1 1/2 hasta 4 1/2; todas ellas de superior calidad. Cortinones bordados y punto cruz á 50 rs.—Postas, 13. esquina á la de San Cristóbal.

Un matrimonio decente, con hijos, se encuentra hoy en la indigencia y acude al generoso público. Si de él se apiada, recibirán los donativos San Marcos 6, tienda de ultramarinos.

En la Administración de EL CASCABEL.

Tienen VV. de venta las siguientes obras:
Tomo 2.º de EL CASCABEL á 30 rs. encuadernado en rústica, y 38 á la holandesa. *El caudillo de los ciento*, novela de Arnao, con prólogo de Hartzembusch, á 14 rs.—*Cantares de Palau*, á 4.—*Flor de epigramas*, un bonito volumen á 4.—*El Universo en el bolsillo*, obra utilísima, á 4.—*La Lira del Duero*, poesías de Rioja, á 8.—*La Creación*, á 2.—*Discurso de un loco*, á 2.—*El Loco del Palacio*, á 4.—*Nociones de Higiene*, á 3.

En la portería de la casa núm. 11, calle de las Infantas, darán razón de una bonita y elegante habitación, con cochera y cuadra, que se alquila en precio módico.

Un matrimonio sin hijos, que reside en Aranjuez, desea cuidar de una casa donde le den habitación de balde, pero en el expresado pueblo. El marido reúne además la circunstancia de ser maestro de albañil. Darán razón en la Administración de EL CASCABEL, Caños, 4, bajo.

Por lo contenido en este número.

F. Perezegus.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de EL CASCABEL,

A CARGO DE M. BERNARDINO,

calle de los Caños, número 4, bajo.